

Hacer de la crisis nuestra fortaleza

"Si pudiéramos reducir la población de la tierra a una aldea con sólo cien habitantes pero con los mismos porcentajes humanos actuales, obtendríamos el siguiente resultado: habría 57 asiáticos, 21 europeos, 14 habitantes de las Américas y 8 africanos. La mitad de la riqueza total del mundo estaría en manos de sólo 6 personas. Los 6 serían de nacionalidad norteamericana. 80 vivirían en casas de calidad inferior. 70 serían iletradas. 50 estarían desnutridas. Una estaría a punto de fallecer y otra a punto de nacer. Sólo una entre las cien personas tendría educación universitaria y ninguna tendría computadora.."

Carlos Fuentes

Índice

1. El contexto internacional.....	Pág. 4
2. El interés nacional de los EE.UU.....	Pág. 7
3. El rol de la Corte Penal Internacional.....	Pág. 9
4. Terrorismo y racionalidad.....	Pág. 12
5. Comercio de armas y control del petróleo.....	Pág. 14
6. Versalles.....	Pág. 16
7. Nuestro desafío: exigir una agenda positiva.....	Pág. 20
8. El "malestar de la globalización".....	Pág. 24
9. El caso de Asia	
9.1 Asia y el Consenso de Washington.....	Pág. 28
9.2 La burbuja inmobiliaria.....	Pág. 30
9.3 La profecía autocumplida.....	Pág. 31
9.4 El papel de la política.....	Pág. 32
10. América Latina.....	Pág. 33
11. La crisis en la Argentina.....	Pág. 35
12. La Argentina en el debate del poder.....	Pág. 36
13. Cómo actuar frente al modelo de época.....	Pág. 40
14. La nueva agenda económico-social.....	Pág. 40

Hacer de la crisis nuestra fortaleza

1. El contexto internacional

Las relaciones internacionales se han ido modificando en detrimento del estado-nación como sujeto excluyente de las mismas, hacia una trama mucho más compleja de actores públicos y privados que han mermado la soberanía estatal tanto al interior como al exterior de sus fronteras. Desafían hoy al poder estatal actores privados internos, ya sean empresas u organizaciones de la sociedad civil, y grandes corporaciones privadas y organismos multilaterales a nivel externo. A medida que estos actores, denominados *poderes permanentes*, se fortalecían en una dimensión sin precedentes, se fue debilitando de manera directamente proporcional la soberanía del Estado, tal como la conociéramos durante el siglo XX.

El mundo atraviesa diversos estadios en su marcha hacia la integración cultural y económica: el estadio actual es el espacio regional. Probablemente un próximo paso resulte ser la integración cuasi-hemisférica, expresada por el liderazgo de los EE.UU. en América Latina, de Europa y el África y de China y/o Japón, en el extremo oriente, abriendo un interrogante sobre el papel de países importantes como Rusia, India y el mundo árabe.

Esto implicará, por qué no, niveles de integración productiva, comercial y monetaria que no negamos a futuro, como un acuerdo comercial o una moneda hemisférica. Pero, ¿en qué tiempos y con qué modalidad? Si será a partir de esquemas de desarrollo muy desigual, donde una potencia imponga su hegemonía sin consenso violando todo intento de autonomía local, y profundice de ese modo la fractura social existente no sólo entre países sino al interior de los mismos. O si se da a través de un mayor equilibrio de poder entre sus protagonistas.

Los 58 días transcurridos entre la votación del 7 de noviembre de 2000 en los Estados Unidos y la resolución del Colegio Electoral sobre quién sería su presidente, no tuvieron que ver con el mero recuento de votos del Estado de Florida, cuyo resultado hubiese consagrado ganador a Al Gore, sino con un fuerte entramado de intereses que determinaría cuál iba a ser el sistema de poder para

sustentar al futuro presidente. La puja fue ganada por los viejos halcones de la Casa Blanca y el Departamento de Estado que acompañaron a George Bush padre - ex-jefe de la CIA- hasta las postrimerías de la Guerra Fría, formados en la más rancia tradición anti-soviética (*Dick Cheney*, vicepresidente; *Donald Rumsfeld*, Sec. de Defensa, *Paul Wolfowitz*, vicesecretario y *Richard Perle*, Jefe del Departamento de Policía; *Gale Norton*, Sec. de Interior; *John Ashcroft*, Sec. de Justicia; *Otto Reich*, Sec. de Estado adjunto para el hemisferio occidental; *Richard Myers*, Jefe de Estado Mayor Conjunto; *Condoleezza Rize*, Asesora de Seguridad Nacional); los intereses del complejo industrial vinculado a la carrera armamentista y, como tal, proclive a tolerar y fomentar los conflictos armados en el mundo; la mafia anti-castrista de Miami; y un complejo empresarial (vg. *Enron*, *WorldCom*) con capacidad de expansión internacional que, a la postre, resultó estar comprometido con la más lisa y llana corrupción, ligada a los propios asuntos de Estado.

Abandonar al mundo lleno de conflictos a su propio devenir, preocupándose sólo de aquellas situaciones que pusieran en riesgo de manera directa el interés de los Estados Unidos fue la premisa de Bush (h) en materia de política exterior. La administración Clinton, en cambio, no obstante haber asumido como compromiso principal concluir con la recesión interna, terminó involucrándose en los más importantes acuerdos de paz de la década de los 90: Medio Oriente, India-Pakistán, Irlanda, el traspaso de Hong Kong y la transición del fundamentalismo iraní hacia un régimen político más moderado, la firma del Protocolo de Kyoto, la desclasificación de archivos de la CIA.

Esto no implica enamorarse de la gestión Clinton. Los EE.UU. nunca dejaron ni dejarán de ser un país arrogante e intervencionista, como lo prueban su fallida incursión en Somalia, Sudán y Afganistán, y los conflictos balcánicos de Croacia, Bosnia y Kosovo, con una metodología muy reñida con el derecho internacional. Lo que sí advertimos es una diferencia entre ambos regímenes en el modo de tramitar los conflictos, el anterior desde la perspectiva de un mundo más pacífico con énfasis en la apertura comercial, y el actual con una visión de extrema derecha desde lo ideológico y de una gran ineficiencia de gestión en la praxis.

La arrogancia y el intervencionismo de los EE.UU. descansan en la idea del "gran sueño americano", acuñada por los primeros pelegrinos que poblaron el territorio del nuevo mundo, bajo los ideales de libertad política y religiosa,

propiedad de la tierra, movilidad social ascendente y equidad, ideales que Kennedy complementa con el objetivo de la modernización que proyectó a los EE.UU. como superpotencia durante los años 60. En 1845, John L. O'Sullivan reafirma esta idea en la doctrina del "destino manifiesto", según la cual los americanos no tenían solamente el derecho, sino la obligación de expandirse sobre los indígenas, los mexicanos y el resto de América, porque esa era la "voluntad de Dios". Sus raíces ideológicas abrevan en el puritanismo de las colonias inglesas norteamericanas, para quienes la predestinación jugaba un gran papel, tanto en el nivel individual como en el colectivo.

La revolución americana expresa el modelo de "las dos Romas", la república y el imperio. La Declaración de Independencia de 1776 se mantiene fiel a la ética protestante y, a diferencia del catolicismo que colonizó la América latina, afirma que "el poder no es algo que se impone sobre nosotros sino algo que creamos; la emancipación de la humanidad de todo poder trascendente se basa en el poder de la multitud para construir sus propias instituciones políticas y constituir la sociedad". Según el costado republicano de los EE.UU., el principio de soberanía se autoimpone el límite interno del control; su costado imperial, por el contrario, opera externamente en un terreno sin límites. Si bien Michael Hardt y Antonio Negri afirman que "el principio de expansión lucha continuamente contra las fuerzas del control y la limitación", la realidad nos está indicando claramente la prevalencia de la primera de las fuerzas en pugna.

Theodore Roosevelt, siendo vicepresidente de Mc Kinley sostuvo en 1899 que "el desarrollo de la paz entre las naciones está confinado estrictamente a aquellas que son civilizadas. Que los bárbaros sean el indio rojo en la frontera de los Estados Unidos, el afgano en los confines de la India británica o el turcomano que limita con el cosaco de Siberia, el resultado es el mismo. A la larga, *el hombre civilizado encuentra que no puede conservar la paz más que subyugando a su vecino bárbaro, pues el bárbaro no cederá más que ante la fuerza. Toda expansión de una potencia civilizada significa una victoria de la ley, el orden y la justicia. En todos los casos la expansión ha sido un provecho, no tanto para la potencia que se beneficia nominalmente como para el mundo entero*".

Los *estados bárbaros* de Roosevelt, no son otra cosa que los *estados villanos* de la década de los 80 o los *estados canallas* a que alude Noam Chomsky en dos de

sus últimas obras, la que titula justamente "Los estados canallas", y "El terrorismo como política exterior de los EE.UU." Y en esto no ha habido diferencia entre la política exterior republicana y la demócrata. Madeleine Albright, siendo embajadora ante la ONU expresó sobre los ataques de su país a Irak que no contaron con aprobación del Consejo de Seguridad: "los EE.UU. actuaremos multilateralmente cuando podamos, y unilateralmente cuando debamos. Esta región es vital para nuestros intereses nacionales y por lo tanto no aceptamos limitaciones externas".

El concepto de *imperialismo* retoma su vigencia, nunca perdida del todo. La polémica entre Hardt y Negri, autores de "Imperio" y Atilio Borón con "Imperialismo y Nación", actualizan un debate acerca del pensamiento de la nueva derecha de los EE.UU. y sus derivaciones en los países que seguimos sometidos a su hegemonía. La Argentina es un caso testigo de cómo el reparto territorial, que pareció ser remplazado durante un tiempo por el reparto de los mercados, recupera actualidad: "ya que allí queda muy poco del mercado, vamos por el territorio".

2. El interés nacional de los Estados Unidos

El final de la guerra fría cambió drásticamente la concepción del interés nacional en los EE.UU. respecto de las casi cinco décadas en que la contención del poder soviético había sido el norte excluyente en ese sentido.

Este cambio desde 1989 -más específicamente a partir de 1991, con la Guerra del Golfo- generó dentro de los Estados Unidos tres tendencias en materia de cuestiones internacionales y seguridad. La primera, el *unilateralismo* es la que maximiza la libertad de decisión e implementación. Es lo que hace posible tomar decisiones rápidas, asegura el secreto de las operaciones y elimina los problemas de interoperatividad con otros países. Asimismo, acarrea inconvenientes como el debilitamiento de las alianzas, el socavamiento del orden jurídico internacional y la posibilidad de que otros estados la emulen con acciones similares.

Una segunda tendencia denominada *neointernacionalismo* consiste en el diseño de instituciones que superen la mera suma de las partes, a fin de reflejar la imagen de que los EE.UU. pueden y deben trabajar con alianzas formales y en el marco de las organizaciones internacionales. Su ventaja estriba en que le permite

obtener consenso en sus políticas a un costo reducido, pero a su vez puede encontrar límites y condicionamientos en dichas alianzas.

La tercera tendencia se denomina *liderazgo*, por la cual los EE.UU. se presentan actuando como la cabeza de alianzas formales y coaliciones informales con el objeto de proteger una amplia gama de intereses, cuando entre las principales potencias no hay acuerdo sobre cómo instrumentarlos. Esta postura se asemeja al perfil de intervención estadounidense durante la Guerra Fría. Su ventaja es que le confiere una considerable influencia sobre los hechos, sin tener que hacer frente en forma íntegra a los costos, sean estos financieros o en vidas humanas.

Durante la administración de George Bush padre y el primer mandato de Clinton, la política exterior de los EE.UU. adoptó la línea neointernacionalista, basada en Naciones Unidas, lo que hizo que sus intervenciones en el Golfo, y luego en Somalia, Bosnia, Angola, Rwanda, Uganda, Liberia e Irak, se hicieron bajo el mandato del Consejo de Seguridad.

La falta de acuerdo entre las potencias y la amenaza del veto, marcaron la necesidad de un cambio en el perfil de la política exterior de los EE.UU., que comenzó a transitar hacia la tendencia de liderazgo durante el segundo mandato de Clinton. En el lapso de pocos meses, las Naciones Unidas quedaron al margen de tres situaciones de primera magnitud. En agosto de 1998 los EE.UU. bombardearon Sudan y Afganistán en represalia por los atentados a sus embajadas en Tanzania y Kenia, y en diciembre, los EE.UU. y el Reino Unido decidieron atacar Irak sin informar al Consejo de Seguridad. En 1999 se produjo el ataque de la OTAN a la ex Yugoslavia.

3. El rol de la Corte Penal Internacional

En este contexto de no-respeto por la ley internacional y distanciamiento de la mayoría de los países que se habían aliado a los EE.UU. en la decisión de combatir al terrorismo, este país decide en soledad -recibiendo el casi único apoyo del Reino Unido e Israel- atacar Irán y, en lo que nos atañe, reforzar el intervencionismo militar en América Latina. Ante una nueva claudicación del gobierno argentino, tropas estadounidenses están a punto de participar en un ejercicio de fuerzas

especiales, y buscan eludir toda posible requisitoria judicial que pudieran recibir en aplicación del Tratado de Roma para la Corte Penal Internacional.

La fecha prevista para dicha misión era octubre de 2002, pero Washington supeditó su realización a la obtención de un compromiso del gobierno argentino de que sus soldados no serían juzgados en nombre del nuevo Tribunal Penal Internacional (TPI), creado por las Naciones Unidas con la oposición de los EE.UU.

A partir de la entrada en vigor del TPI el 1ro. de julio de dicho año, la Casa Blanca amenazó con retirar sus misiones internacionales y no enviarlas a ningún país que se niegue a firmar un acuerdo bilateral por el cual garantice por escrito la seguridad jurídica de sus soldados.

El caso de la Argentina es peculiar ya que por su posición de aliado externo de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), no sería necesario la firma de un acuerdo específico. No obstante, la cancillería argentina y la embajada de los EE.UU. en Buenos Aires negociaron una "nota diplomática" que asegurara por escrito la inmunidad pedida, en abierta violación al derecho internacional TPI tanto como al derecho interno (art. 75 inc. de la Constitución Nacional). Por tal acuerdo, a las tropas de EE.UU. se les aplicaría el "tratamiento, privilegios e inmunidades que otorga la Convención de Viena sobre Relaciones Diplomáticas y Consulares de 1961", como si se tratara de "personal técnico y administrativo de su embajada". De este modo, todo el personal militar ingresado se encontraría fuera de la jurisdicción criminal y civil argentina.

La Corte Penal Internacional creada a partir del Tratado de Roma de 1998, del que nuestro país fuera uno de sus impulsores, legisla sobre genocidio, crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y crímenes de agresión, estableciendo la jurisdicción internacional para el caso de que no hubieran sido tratados por la justicia interna. Consagra, además, la responsabilidad penal individual con independencia de la investidura ejercida, con lo cual quedan sometidos a ella los gobernantes que hubieran sido responsables de la comisión de aquellos delitos.

En mayo de 2002, semanas antes de que el TPI entrara en vigencia, el subsecretario de estado para asuntos políticos Marc Grossman, expuso ante el Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington la posición de los EE.UU. respecto del mismo: *"El TPI socava el papel del Consejo de Seguridad de la ONU en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Para*

vincularse a un tratado, un estado ha de ser parte de él. El TPI despliega su competencia sobre ciudadanos de estados que no han ratificado el tratado, y esto constituye una amenaza a la soberanía de los Estados Unidos.

El tratado crea un todavía no definido Crimen de "agresión", y nuevamente otorga a la Corte el poder de decidir sobre esta cuestión y la posibilidad al fiscal de investigar y enjuiciar este crimen indefinido. Esto se hizo a pesar del hecho de que la Carta de las Naciones Unidas, sólo confiere poder al Consejo de Seguridad para decidir cuándo un estado ha cometido un acto de agresión. Y sin embargo el TPI, libre de toda supervisión por parte del Consejo de Seguridad puede tomar esta decisión.

La Corte, tal cual está hoy configurada, se arroga la autoridad para detener y juzgar a ciudadanos americanos, incluso a pesar de que nuestros representantes democráticamente elegidos no hayan acordado vincularse al tratado. Mientras los estados soberanos están autorizados para juzgar a no nacionales que hayan cometido crímenes contra sus nacionales o en su territorio, los Estados Unidos nunca han reconocido el derecho de una organización internacional a hacer tal cosa sin mediar consentimiento o un mandato del Consejo de Seguridad.

Creemos que dejar a los oficiales estadounidenses, a nuestros hombres y mujeres de uniforme, a expensas de enjuiciamientos politizados, la CPI complicará la cooperación militar de los Estados Unidos con muchos de nuestros amigos y aliados que ahora tendrán la obligación, derivada del tratado, de poner a disposición de la Corte a nuestros nacionales, aún por encima de las objeciones de los Estados Unidos".

En julio, Stephan Minikes, Embajador de los EE.UU. ante la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), declaró que "Los estadounidenses que participan en misiones de mantenimiento de paz por todo el mundo se adhieren a las más altas normas de comportamiento y justicia, y son responsables ante los tribunales estadounidenses por cualquier violación de esas normas. No es necesaria la supervisión adicional por ningún otro fiscal. Hemos sido claros y consistentes en comunicar nuestras inquietudes sobre la Corte Penal Internacional desde que empezaron las negociaciones del Estatuto de Roma".

Sobre estas declaraciones caben dos observaciones. La primera es que el propio estatuto del TPI elimina la posibilidad de juzgamiento internacional en caso

de que un tribunal nacional -en este caso de los EE.UU.- disponga abocarse al caso en cuestión. La segunda es la disparidad de criterios que los EE.UU. utilizan respecto del Consejo de Seguridad, lo que torna sus posiciones absolutamente incoherentes: *piden respetarlo a rajatablas en cuanto a la aplicación de la justicia internacional, pero no vacilan en ignorarlo cuando deciden intervenir unilateralmente en los asuntos internos de países a los que consideran lesivos para sus intereses nacionales.*

Nadie puede poner en duda el liderazgo que los EE.UU. ejercen en el campo económico-financiero y tecnológico-militar. Pero tampoco su soledad internacional en temas cruciales sobre los cuales la Humanidad les demanda un fuerte cambio de posición, tales como su papel en la ONU, los ensayos nucleares, el desminado, el medio ambiente o la Corte Penal Internacional, entre otros.

Como señala Tony Judt, "la arrogancia y los vaivenes de la política exterior estadounidense, la costumbre de tratar a los organismos y convenios internacionales como "opciones" de política exterior que se pueden elegir o dejar caer según convenga, deben ceder paso a otra forma de relación de los EE.UU. con el resto del mundo".ⁱⁱ

Qué expectativa cierta puede haber en que otras naciones del mundo respeten la ley y el derecho, desde el momento en que el propio secretario de estado de la primera superpotencia en lo económico y militar, pero que asienta su liderazgo en la trasmisión de valores culturales, afirma, con relación a este tema: "cuando no podemos llegar a un consenso, debemos atenernos a nuestros principios".ⁱⁱⁱ

La política exterior de los EE.UU. descansa esencialmente en instrumentos de poder militar, y esta hegemonía, ejercida exclusivamente a través de la imposición, termina por erigirse en un factor de desestabilización del sistema internacional.

4. Terrorismo y racionalidad

Durante 1991 y 1992, en plena campaña presidencial entre George Bush (p) y Bill Clinton, pareció ganar terreno la idea de que el crecimiento económico interno y el interés por los problemas políticos internacionales corrían por andariveles

separados. Los demócratas, aparentemente más interesados por la democracia en el mundo, descuidaban la economía interna mientras los republicanos no tan interesados en los reclamos fronteras afuera, se dedicaban a cuidar el patrimonio de los estadounidenses. De aquí provienen las principales críticas de Reagan a Carter, adjudicándole demasiada dedicación a los acuerdos internacionales y demasiado descuido por la economía interna.

Nada más lejos de la realidad. No sólo Carter concluyó su período con una fuerte recesión, sino que también lo concluyó, pese a su preocupación por los derechos humanos, con dictaduras expandidas en América Latina, con el inadmisiblemente -para los EE.UU.- triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, la invasión rusa en Afganistán y la crisis de los rehenes en Irán, dejando en el campo de las excepciones los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel en 1977. Reagan, por el contrario, llevó la economía de su país a una década de crecimiento, al mismo tiempo que emprendió a nivel externo el combate final contra el socialismo real, que determinó la caída del Muro de Berlín y el final de la ex-Unión Soviética. Y Clinton, que había centrado su campaña en la economía doméstica, también desempeñó un rol protagónico en la política internacional.

Las posiciones de George W. Bush como candidato en materia de política exterior eran defensivas, bajo la promesa de ser mucho menos ambiciosas que las de su predecesor. Pero el 11 de septiembre ubicó al presidente en el propio núcleo de toma de decisiones de política exterior, y al Congreso en un rol de mayor cooperación.

Los atentados exasperaron el proceso descrito, y sitúan a la administración de Bush (h) ante dos lecturas posibles para enfrentar al terrorismo. Una de ellas podría haber sido "el terrorismo es lo opuesto a la regla de la ley; por lo tanto, a mayor desequilibrio en el desarrollo y mayor desintegración política, económica y cultural entre las diversas sociedades nacionales, inclusive al interior de las propias sociedades nacionales, menor aceptación de las reglas de juego y por lo tanto campo más propicio para el terrorismo". La respuesta debía ser, pues, mayor equilibrio y mayor integración sistémica a nivel mundial.

La otra lectura posible es: "nos atacan, el ataque puede venir de cualquier lugar y han elegido a los Estados Unidos, los Estados Unidos deben pertrecharse y salir a la ofensiva para evitar nuevos ataques neutralizando al terrorismo, este

objetivo es único y excluyente, nadie puede cuestionarlo, quien lo haga no será merecedor de consideración alguna, todo lo que pasa en el mundo fuera de la guerra entre el terrorismo y los Estados Unidos no sólo es secundario, si no que no será objeto de nuestro interés".

En definitiva, se bifurcaron los caminos a elegir: o se contesta al terrorismo con el respeto al derecho, con mayor justicia y equilibrio en el sistema de poder, o se lo hace oponiéndole una fuerza que apele a métodos similarmente terroristas de la misma intensidad pero de sentido contrario.

Los EE.UU. decidieron la opción 2 que, además de irracional, ha probado su ineficacia. Intervención y derrocamiento del gobierno en Afganistán, muerte de inocentes, detención de miles de sospechosos, límites a la libertad de movimientos de los propios estadounidenses, no lograron esclarecer los atentados y hacer justicia con sus responsables, ni impidieron que el 11 de septiembre de 2002, al cumplirse un año del hecho, los EE.UU. retrasmitieseran al mundo su sensación de pánico irresuelto.

5. Comercio de armas y control del petróleo

El Departamento de Estado prestó su anuencia a las maniobras golpistas en Venezuela, como lo afirman tanto el New York Times como la revista Newsweek, en un claro cambio de línea respecto del respeto a la legalidad democrática observada durante la administración anterior. De persistir esta tendencia, los EE.UU. se convertirían, indefectiblemente, en un problema de seguridad para las precarias democracias de América del Sur.

Cada vez que en Medio Oriente arrecia la propaganda antiestadounidense, Bush equivoca otra vez el camino: recurre a la censura. Si Washington deseara efectivamente propagar valores como la democracia y mejorar el intercambio y abrir mercados, debería apuntar al desarrollo de medios de comunicación independientes en aquellos países donde la opresión engendra terrorismo; la libertad de expresión y el intercambio de información implicarían, en este contexto, una mayor preocupación por los derechos humanos, por un trato mejor para las mujeres y las minorías que se ven privados de sus derechos más básicos. En definitiva, la seguridad internacional mejorará en la medida que más naciones

compartan el valor de la libertad y la justicia. Como afirma David Hoffman, *"cuanto más fuerza se utilice para tomar represalias, más se alimenta la causa terrorista"*^{iv}.

Todos los conflictos regionales, tal vez con la excepción parcial de Rusia, se potenciaron a partir de que se planteara como único enemigo al terrorismo, desechando toda otra prioridad de negociación internacional. Lo que los Estados Unidos están logrando con esto es desmembrar progresivamente la cohesión internacional que los acompañara inmediatamente después del 11 de septiembre, agudizar los conflictos en distintos puntos del planeta y ganar, eventualmente, nuevos enemigos. La inoperancia para encauzar el conflicto entre Israel y Palestina, la reanimación del conflicto entre India y Pakistán por Cachemira, la habitual tensión con Europa y la inestabilidad de las democracias latinoamericanas, contrastan con la tímida política respecto de África, única región a la que el G-7 está dispuesta a ayudar para mitigar los peores efectos de la pobreza. Y las buenas relaciones con Rusia no devienen, por cierto, de un sentimiento de hermandad, sino de la conveniencia de congraciarse con un país no directamente involucrado en Medio Oriente, y que es al mismo tiempo el primer exportador mundial de petróleo.

Ante la determinación de Bush de arrasar a Saddam Hussein, ningún país árabe, ni siquiera los principales aliados de Washington, colaborará en una ofensiva contra Bagdad. Amer Musa, secretario general de la Liga Árabe declaró que "un ataque norteamericano a Irak abriría las puertas del infierno".

A excepción del Reino Unido, Europa la cuestiona duramente, calificándola de aventura que causará un desastre geopolítico en una región que los tiene mucho más cerca, y plena de inmigrantes. La cumbre de cancilleres de la Unión Europea reunida en agosto de 2001 en Elsinor, Dinamarca, concluyó que, si bien Irak es un país peligroso, los EE.UU. deben acudir a la ONU, paso que Washington no está dispuesto a dar. Por su parte, el gobierno alemán alertó que retirará los soldados que mantiene en Kuwait en caso de que Bush concrete el ataque.

Nelson Mandela, ex presidente del Consejo Nacional Africano, declaró que los EE.UU. están introduciendo el caos en las relaciones internacionales; mientras el ex secretario general de la ONU, Boutros Boutros Ghali sostiene en su libro "Unvanquished: US-Un Saga", que así como "el imperio romano no necesitaba de la diplomacia, tampoco los EE.UU. La diplomacia es percibida por un poder imperial como una pérdida de tiempo y prestigio, y como un signo de debilidad".

El argumento de actuar en prevención de un potencial uso de armas de destrucción masiva por parte de Irak sugiere una doctrina de la guerra preventiva de peligrosas implicancias para el futuro de las relaciones internacionales. Es la comunidad internacional quien debe determinar si ello constituye una amenaza a la paz tan severa como para ser enfrentada por el uso de la fuerza, a través del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. La acción armada unilateral de los EE.UU. representa un vicio inaceptable de la *doctrina de la intervención humanitaria* en el derecho internacional, que hace crecer la sospecha de aquellos estados que ven en dicha doctrina una carta blanca al intervencionismo occidental, más que un instrumento positivo de la gobernabilidad internacional.

6. Versalles

Si ahondamos en el pensamiento de Eric Hobsbawn, podríamos encontrar serias similitudes entre la configuración actual del mundo y la situación que se viviera a partir del Tratado de Versalles, en cuanto a las características de un orden mundial injusto, basado en la humillación de los vencidos.^v

Primero, la extensión del eurocentrismo. Si bien el mundo ya no es eurocéntrico (Europa pasó de ser 1/3 a 1/6 de la población mundial), la hegemonía económica y cultural de los EE.UU. opera como una prolongación, en ultramar, de aquella Europa, y ambas se alinean para constituir la llamada "civilización occidental".

La segunda semejanza es la concepción del mundo como unidad. Existe una diferencia cuantitativa y cualitativa, pero no conceptual de la construcción del mundo. Ya en 1914 no había rincón del planeta sin explorar, y tanto entonces como hoy las potencias se reparten todos los espacios del planeta, lo que podríamos considerar un eslabón del proceso de globalización posterior. El reparto ha dejado de ser territorial para transformarse en económico financiero, pero la característica común es la incapacidad de las instituciones públicas de supervisar dichos cambios (estados semif feudales agotados o monarquías obsoletas en 1914, estados de bienestar agotados en la actualidad).

Tercero, el eje de los conflictos es en ambos casos económico. La influencia sobre los balcanes para Rusia, Austria y Turquía y el dominio de los mercados de

ultramar para Francia y Gran Bretaña. En los 90 también se trata de la apertura de mercados, en Europa del este y el resto del planeta. Y en ambos casos está presente el conflicto religioso, la presencia de los turcos en los balcanes y el fundamentalismo en las zonas petroleras respectivamente.

Las guerras anteriores a 1914 perseguían objetivos limitados y concretos; a partir de ese momento estos se tornan ilimitados y globales; la meta final es la victoria total o la rendición incondicional, pero así como aparece ambiciosa y demostrativa de poder, esta característica terminó arruinando económicamente tanto a vencedores como a vencidos. Durante la guerra fría, en cambio, debido a la propia naturaleza de la misma ninguna potencia podía obtener como resultado la victoria total.

Hobsbawn computa entre las diferencias que en 1914, la guerra que inicialmente había enfrentado a Serbia con el imperio austro-húngaro, se extendió al resto de las potencias y alcanzó la dimensión planetaria, proceso al que denomina la *brutalización de la guerra*. La contienda de 1914 costó varios millones de vidas, una diferencia abismal respecto de la guerra franco-prusiana -la más sangüinaria a posteriori del Congreso de Viena de 1815- en la que habían muerto 150.000 soldados.

Las potencias europeas no hubieran deseado repetir esa experiencia, pero el orden nefasto que ellas mismas inauguraron a partir de la victoria sobre Alemania en 1918 abrigó las condiciones para que estallara la segunda guerra mundial. A partir de esta enseñanza, que los EE.UU. parecían haber aprendido luego de Vietnam, la carrera nuclear capaz de amenazar la supervivencia del propio planeta hizo que los enfrentamientos armados se focalizaran; *lo que se brutalizó fue la política*.

A partir de los ataques del 11 de septiembre, la estrategia de Bush fue adosar a la política brutalizada la *re-brutalización de la guerra*. Desde lo político, un poder de coerción nunca antes visto, institucionalizado en un sistema supranacional -Consejo de Seguridad, en su defecto OTAN, FMI, BM, OMC-. Desde lo militar, la preservación de la seguridad de los ciudadanos estadounidenses a costa del desprecio de la vida en los países enemigos; salvar la libertad y la democracia al precio de violarlas.

En 1918, el orden internacional intentó reconstruirse con el Tratado de Versalles (en verdad Versalles es el Tratado de Paz entre Francia y Alemania, entre los diversos contendientes se firmaron otros tantos tratados). En el "oriente próximo", especialmente en Turquía, se aplicó el principio imperialista tradicional de dominio sobre el territorio. Las naciones perjudicadas debieron renunciar, de manera absoluta, a sus pretensiones coloniales. Italia, por ejemplo, perdió Albania, Dalmacia y Fiume; y Alemania fue desalojada de sus colonias africanas, luego Namibia y Tanganica, y de la parte oriental de la isla de Nueva Guinea en el Pacífico.

En Europa del este se crearon nuevos estados a los que se les confería la autodeterminación, como los países bálticos, o repúblicas multinacionales como Checoslovaquia y Yugoslavia. La intención era multiplicar nuevas "ideologías nacionalistas" en estados no excesivamente reducidos, que fueran capaces de detener el avance del bolchevismo.

Hoy los hechos hablan por sí solos. La exacerbación del nacionalismo terminó engendrando la segunda guerra, y además no logró detener la ocupación soviética. Checoslovaquia se separó en dos estados y Yugoslavia, hasta el momento, en cinco. En el primer caso, los checos dominaron a los eslovacos, en el segundo, los serbios a los croatas, eslovenos y macedonios; en ambos, los límites fueron creados artificialmente sin coincidencia con las fronteras étnicas. Hungría, por su parte, perdió dos tercios de su milenario territorio.^{vi}

La paz basada en un orden injusto y humillante exacerbó el rencor. No en vano John M. Keynes, que era británico, planteó en su libro "Las consecuencias económicas de la guerra", 1919, que si se profundizaba la crisis económica en Alemania, como consecuencia directa de Versalles, podía romperse el equilibrio político europeo y generarse condiciones para una formidable revolución social. "La política de reducir a Alemania a la servidumbre durante una generación, de envilecer la vida de millones de seres humanos y de privar a toda una nación de felicidad, sostenía Keynes, sería odioso y detestable aunque nos enriqueciera a todos". Para evitar ese riesgo no se la debía asfixiar, sino invertir capitales para su recuperación, enseñanza que los EE.UU. demostraron haber aprendido luego de la Segunda Guerra Mundial, aplicándola a la recuperación de Alemania y Japón.

Apenas Alemania despertase de la derrota o Rusia consolidara su revolución, aquel orden forzado e injusto no podía más que hacer germinar un nuevo y

gigantesco conflicto, a partir del ánimo de venganza de quienes se consideraron humillados. Un conflicto que devino primero en Stalin y Mussolini, luego en Hitler, más tarde en Hiroshima y Nagasaki, y arrojó al cabo de ese proceso casi sesenta millones de muertes.

¿Puede arribarse a alguna conclusión en común con el orden mundial que parece surgir a partir de los ataques del 11 de septiembre? ¿No viven nuestros pueblos este "nuevo orden" como un orden injusto? Nada más lejos de nosotros que tirar torres en Nueva York pero, ¿no es, en cierto modo, la propia unicidad de occidente lo que convierte en "estados bárbaros" e "imperios del mal" a todos aquellos pueblos que no se allanen dócilmente, en lugar de procurarse un orden basado en el consenso entre las naciones y el derecho internacional? ¿No están generando el FMI, el Consenso de Washington y el Foro de Davos una soberanía mutilada en nombre de la civilización, y un sentido de venganza contra los vencedores parangonable a Versalles? ¿Fracasarán las Naciones Unidas como en 1919 fracasó la Sociedad de las Naciones?

¿Son los pueblos autodeterminándose, o son las potencias económicas quienes deciden el futuro de la Humanidad? ¿La premisa de Keynes, no escuchada por los vencedores, no se reitera hoy bajo la servidumbre que sienten generaciones de ciudadanos privados de sus derechos más básicos? ¿No serán Milosevic y la muerte de miles de croatas, bosnios y eslovenos, así como de civiles serbios inocentes, una muestra de las monstruosidades que nos depara, de seguirse este camino, el siglo XXI? ¿Qué espacio encontrará y bajo qué formas, el sentimiento antiglobalización esbozado en Seattle, Verona, Porto Alegre y Johannesburgo? ¿No debiéramos los líderes políticos de América Latina desempeñar un rol activo en la imposición de estos temas en la agenda internacional? El uso de la fuerza jamás reemplazó con éxito a la búsqueda de soluciones políticas duraderas.

7. Nuestro desafío: exigir una agenda positiva

En una entrevista del pasado 1ro. de agosto, el respetable economista internacional de la UBA Arturo O'Connell pronosticó una suerte de recomposición de las actuales visiones sobre la economía mundial, a partir de que, con los escándalos financieros de los EE.UU., estalló *la pompa de jabón bursátil*, así como las expectativas desmedidas y la arrogancia del capitalismo de aquél país. En

cambio, cuando la economía norteamericana era muy exitosa, nadie estaba autorizado a estar en desacuerdo con su forma de funcionamiento, señala O'Connell. Pese a coincidir con su diagnóstico, no soy tan optimista en cuanto a que la inconsistencia evidenciada por el sistema estadounidense lleve a un futuro inmediato libre de obstáculos para un cambio de sentido tendiente a una mayor racionalidad. Quienes han conducido al mundo a este descalabro económico y social se empeñarán en conservar sus privilegios, y difícilmente -al igual que lo hacen en materia de seguridad internacional- propiciarán la aplicación de un sentido común con el que nunca se han rozado siquiera. Es muy probable que en el campo macroeconómico se reitere la misma irracionalidad con la que han respondido a los atentados.

Promediando 2001, el economista de la Universidad de San Andrés Juan José Cruces, sostenía la imposibilidad de que el euro alcanzara al dólar al menos hasta diciembre de 2003, en una proyección econométrica insospechada desde lo técnico. Una vez más, el sentido común y la racionalidad no caben para la evolución y resolución del malestar de un sistema que se postula a sí mismo como paladín de la previsibilidad, pero fue incapaz de prever la caída anticipada del dólar. Un sistema que se presenta como serio, pero es por demás irracional, preso de un imprevisto como el descubrimiento del affaire empresario, nada menos que en los EE.UU., la potencia que aparecía como el paradigma del éxito económico. "Los disparates de los ricos pasan en este mundo por sabios proverbios", como dijera John Kenneth Galbraith^{vii}.

No en vano, el Congreso acaba de aprobar el *Farm Bill*, una medida que, opuesta al libre comercio que se proclama, es altamente proteccionista de sus productores agrícolas en detrimento de nuestras exportaciones. La propia OMC autorizó a la Unión Europea a aplicar sanciones comerciales a los EE.UU. por un monto récord con el fin de compensar exenciones impositivas ilegales, otorgadas a través de diversos paraísos fiscales.

Asimismo, el pasado 2 de agosto el Senado elevó el presupuesto militar para 2003 a 335.400 millones de dólares, casi 35.000 millones mayor que el del año anterior, el más importante en más de veinte años, y que representa cerca del 40 % del total de gastos militares en el mundo.

En su estrategia para América Latina, la irracionalidad viene con milicia incorporada. A la cruzada contra el terrorismo se suma el combate de lo que Reagan bautizó "narcotráfico", término que incluye desde campesinos hasta guerrilleros y gobiernos. Todos somos culpables del consumo de cocaína en los EE.UU. y -de paso- creadores de violencia. Lo que es más bien un efecto, lo perciben como causa.

Desde este punto de vista, les resulta más espectacular la intervención militar que enfrentar a los poderosos intereses del comercio de drogas dentro de sus propias fronteras. Prueba de esto es que los EE.UU. llegaron a dedicar a la represión el 75 % de los fondos para la lucha antidroga.^{viii}

Si la voluntad internacional es resolver este problema, las acciones debieran estar dirigidas, por un lado, a disminuir el consumo en los centros de mayor demanda; y, por otro, a atacar los problemas estructurales de nuestras economías, de modo que obtengan los recursos suficientes para la modernización de los controles en áreas de frontera.

Con el expediente 76/02 ingresado el 1ro. de agosto de 2002 a la Cámara de Diputados, el gobierno argentino intenta, por el contrario, autorizar el ingreso del Ejército de los EE.UU. para participar de "operaciones especiales", trayendo consigo no solamente efectivos, sino también radares, aviones y helicópteros. En tiempos en que ya nadie puede agitar seriamente el fantasma del comunismo, el tutelaje de los EE.UU. bajo el pretexto de la lucha contra el "narcoterrorismo" opera como una actualización de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

El raudo incremento de la comercialización de cocaína operado en la Argentina, particularmente en la provincia de Buenos Aires, indica que ciertos nichos de poder ligados al gobierno federal o a las autoridades provinciales, así como a las fuerzas de seguridad y los controles de frontera -ruta obligada de dicha sustancia- no son ajenos al ingreso masivo de la misma. Delito y poder, una vez más, confabulados en una misma estrategia: desarrollar el tráfico de drogas que, por una parte, otorga justificativo a la intervención militar de los EE.UU. por la amenaza a su *seguridad regional* y, por la otra, agarava la ferocidad de los delitos cometidos por los consumidores para exaltar el clima de ausencia de *seguridad interna*.

Como corolario del cuadro de irracionalidad general que acabamos de describir, Roberto Bouzas sostiene que "el problema es el tipo de incentivos que los agentes tienen para hacer transacciones en el tiempo y sostenerlas. Y acá primó el

corto plazo, lo predatorio, tanto en acciones privadas como públicas. Eso tiene que ver con la debilidad de los mecanismos de responsabilidad, tenemos instituciones que en general no castigan y premian muy poco, al contrario, premian el comportamiento depredador."

Para Oscar Raúl Cardozo, el problema del capitalismo actual va mucho más allá de la necesidad de vigilar las prácticas contables. El fenómeno se presenta con rasgos similares a los que mostró a comienzos del siglo XX, cuando una ola de reformas políticas debió desarticular a los poderosos *trusts* económicos que fueron el precedente de las grandes corporaciones de estos días. Palabras como codicia parecen volver al lugar reprobable que tuvieron en otros tiempos, abandonando el pedestal de la virtud social en el que se encaramaron en las últimas décadas.

Como sostuvo Ernesto Liboreiro, presidente del Instituto de Negociaciones Agrícolas Internacionales, en el panel organizado por la Fundación Gobierno y Sociedad, ni la Argentina ni los países de la región debemos contentarnos, sea en el comercio internacional, la agenda económica o en el mismísimo diseño estratégico de la política internacional, con ocupar *el espacio que nos dejan*. La inviabilidad de una visión tan corta y resignada -ocupar sólo *el espacio que nos dejan*- sumada al agotamiento del actual sistema internacional, son razones más que suficientes para encarar una política activa y aportar contenidos propios a la confección de la nueva agenda internacional.

Es de la presión de los países y estadistas que cuestionamos el poder, su agenda económica y moral, de donde provendrán las alternativas, y no de un cambio de mentalidad y de actitud que no es dable esperar del interior del propio sistema.

No *a pesar*, sino precisamente *a partir* del reconocimiento de la crisis, América Latina debe afrontar una ofensiva en todos los foros internacionales, sin excepción, a fin de proponer una agenda positiva que abarque tanto el costado de la seguridad internacional y regional como el económico-financiero, *las dos caras de una misma medalla que es la recuperación de la racionalidad en el mundo.*

8. El "malestar de la globalización"

En su último libro, "El malestar de la globalización", el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz denuncia la obsolescencia de las instituciones financieras

de posguerra así como el dogmatismo de sus políticas, las injusticias cometidas con los países en desarrollo, la pavorosa ampliación de la brecha entre ricos y pobres.

“Quienes vilipendian la globalización, señala Stiglitz, olvidan a menudo sus ventajas (puestos de trabajo para guerrilleros filipinos que dejaron las armas financiados por el Banco Mundial, proyectos de riego, educativos, contra el sida, etc.), pero los partidarios de la misma han sido incluso más sesgados” (pág. 31).

“La globalización puede ser rediseñada, y cuando lo sea, cuando sea manejada adecuadamente, equitativamente, cuando todos los países tengan voz en las políticas que los afectan, es posible que ello contribuya a crear una nueva economía global en la cual el crecimiento resulte no sólo más sostenible sino que sus frutos se compartan de manera más justa. En vez de eso tenemos un sistema que cabría denominar Gobierno global sin Estado global, en el cual un puñado de instituciones -Banco Mundial, FMI, OMC- y otros pocos participantes, ministros de finanzas, economía y comercio, estrechamente vinculados a algunos intereses financieros y comerciales, controlan el escenario, pero muchos de los afectados por sus decisiones no tienen casi voz. 1.200 millones de personas viven con menos de un dólar diario, 2.800 millones viven con menos de dos dólares diarios, más del 45 por ciento de la población mundial” (págs. 51, 52,55).

Es claro que las políticas del FMI no sólo exacerbaron la recesión sino que en parte fueron responsables de que comenzara: la liberalización financiera y de los mercados de capitales excesivamente rápida fue probablemente la causa más importante de la crisis, aunque *también desempeñaron un papel en ella las políticas erradas de los propios países.*

Lo que Stiglitz llama la economía de la *filtración* (nosotros la conocemos como del *derrame*), según la cual *finalmente* los beneficios del crecimiento se *filtran* y llegan incluso a los pobres, nunca fue más que una creencia, un artículo de fe.

Destaca que el éxito de los países asiáticos se debió a que no siguieron las políticas del Consenso de Washington en materia de liberalización abrupta de sus mercados financieros, privatización y minimalismo estatal.

También Michael Mussa, ex consultor y director de investigación del FMI plantea que, además de los desaciertos propios de la política económica interna, el

Fondo Monetario es responsable de la crisis argentina, y propone el estudio de una nueva arquitectura financiera internacional^{ix}.

La aplicación del modelo del Consenso de Washington trajo desigualdad social, que se tradujo no sólo en desocupación y pobreza sino en desinversión educativa y retroceso tecnológico.

Los fugaces beneficios del raudo incremento de las importaciones por la apertura económica, pronto se convirtió en déficit comercial - menor recaudación - disminución de la inversión estatal en servicios esenciales - caída del entorno institucional como marco indispensable de la competitividad sistémica que el mundo moderno reclama - caída de la productividad laboral - menores exportaciones - aumento del déficit - y así sucesivamente, repitiendo y profundizando las secuencias de un círculo vicioso que se mantiene hasta hoy.

Las consecuencias de más de cuatro años de recesión en la Argentina, no podían ser otras que mayor caída de la actividad - retracción empresaria y por lo tanto financiera - colapso del sistema bancario - agitación social y política - menor clima de inversiones - acentuación hasta el infinito del ciclo recesivo.

¿Cómo es posible que después de la exhaustiva -y dramática- descripción hecha a lo largo de 348 páginas por Stiglitz sobre el proceso que llevó a la crisis en el este asiático, en nuestro país las autoridades sigan insistiendo en que para salir de la crisis es necesario reproducir exactamente el mismo molde de políticas económicas y financieras que son, precisamente, las causantes de la misma?

Dicho por el activismo militante de izquierda puede sonar sesgado y proveniente de una visión ideológica que difiere de la perspectiva más realista de los sectores moderados que son los más vastos en la mayoría de las sociedades. Pero dicho por un académico de nota, ex asesor presidencial en los Estados Unidos, y que por haber ocupado la vicepresidencia del Banco Mundial tuvo acceso a la realidad económica de todos los países del planeta, se trata de una autorizada denuncia de la irracional estrategia económica -sostenida por el sistema de poder internacional- que ha conducido al mundo a la situación actual, cercana a la catástrofe para 4/5 partes de la Humanidad: "El FMI pasó de servir intereses *económicos* globales a servir los intereses de las *finanzas* globales. La liberalización de los mercados de capitales pudo no contribuir a la estabilidad económica global, pero abrió vastos mercados a Wall Street".^x

No es casual que de sea de sus propias autoridades de quienes surgen críticas técnicamente muy importantes al modelo neoliberal aplicado en los países emergentes a partir de la revolución conservadora de los años 80. Son las atrocidades causadas por el mismo lo que justifica esta actitud claramente revisionista. Aún cuando nuestro desarrollo no está, en mi opinión, supeditado a ningún tipo de "salvataje" externo, nuestras autoridades deben abocarse de inmediato a que dichas críticas se conviertan en la visión oficial de los organismos financieros internacionales.

Es el propio Stiglitz quien propone una agenda similar a la que expresaremos en el capítulo "La nueva agenda económico-social", a saber:

- reforma de la arquitectura financiera global, dado el peligro de la liberalización absoluta de los mercados de capitales, especialmente de los flujos de capital a corto plazo;
- reformas sobre quiebras y moratorias, de modo de reconocer la especial naturaleza de las quiebras que derivan de perturbaciones macroeconómicas y facilitar la restructuración de la gestión existente; imponer reformas que cuiden más a los acreedores no es la solución;
- regulación de la banca *off-shore*;
- medidas que prevengan la volatilidad de los tipos de cambio, tales como créditos en los cuales los acreedores absorban el riesgo de la fluctuación de la tasa de interés real por encima de determinado límite.
- forzar al FMI a determinar el impacto de sus programas sobre la pobreza y el desempleo, y a asumir la responsabilidad por eventuales errores de cálculo;
- condonación de la deuda de los países en desarrollo;
- reforma de la OMC y equilibrio de la agenda comercial;
- reforma del régimen de propiedad intelectual de modo de equilibrar los derechos e intereses de los productores y usuarios de los países

desarrollados con los de los investigadores y usuarios de los países en desarrollo.

“Un enfoque coherente debe reconocer que si un país importa más de lo que exporta (déficit comercial), otro país debe estar exportando más de lo que importa (superávit comercial). Una regla inquebrantable de la contabilidad internacional es que la suma de todos los déficits del mundo debe igualar a la suma de todos los superávits. Esto quiere decir que si China y Japón insisten en tener superávit comercial, algunos países deberán tener déficits. Uno no puede sólo prorrumpir en invectivas contra los países con déficit; los países con superávit también tienen la culpa. Si Japón y China mantienen sus superávits, y Corea transforma su déficit en superávit, el problema del déficit *deberá* aparecer en otra parte..

Tienen que cambiar las instituciones y los esquemas mentales. La ideología del libre mercado debe ser remplazada por una visión más equilibrada del papel del Estado, a partir de una comprensión de los errores, tanto del mercado como del Estado.

Los países en desarrollo deben asumir la responsabilidad de su propio bienestar. Pueden administrar sus presupuestos de modo que consigan vivir por sus medios, por magra que esta idea resulte, y eliminar las barreras proteccionistas que derraman copiosos beneficios para unos pocos pero fuerzan a los consumidores a pagar precios altos. Pueden imponer estrictas regulaciones para protegerse de los especuladores foráneos o de los desmanes corporativos locales. Y lo más importante: los países en desarrollo necesitan Estados eficaces, con un poder judicial fuerte e independiente, responsabilidad democrática, apertura y transparencia, y quedar libres de la corrupción que ha asfixiado la eficacia del sector público y el crecimiento privado.

Se necesitan políticas para un crecimiento sostenible, equitativo y democrático. Esta es la razón del desarrollo. El desarrollo no consiste en ayudar a unos pocos individuos a enriquecerse o en crear un puñado de absurdas industrias protegidas que solo benefician a la elite del país; no consiste en traer a Prada y Benetton, Ralph Laurent o Louis Vutton para los ricos de las ciudades, abandonando a los pobres del campo a su miseria. El que se pudieran comprar bolsos de Gucci en los grandes almacenes de Moscú no significó que el país se había vuelto una economía de mercado. El desarrollo consiste en transformar las sociedades,

mejorar las vidas de los pobres, permitir que todos tengan la oportunidad de salir adelante y acceder a la salud y la educación" (págs. 279 y sigs.).

9. El caso de Asia

9.1 Asia y el Consenso de Washington

La primera formulación del llamado "Consenso de Washington" se debe a John Williamson y data de 1990. El escrito consta de diez temas de política económica sobre los cuales el complejo político-económico-intelectual integrado por los organismos internacionales FMI y Banco Mundial, el Congreso de los EE.UU., la Reserva Federal y los más altos expertos prestaron su acuerdo.

Esos puntos eran: 1. disciplina presupuestaria; 2. cambios en las prioridades del gasto público; 3. reforma fiscal; 4. liberalización financiera; 5. tipos de cambio competitivos; 6. liberalización comercial; 7. apertura a la entrada de inversiones extranjeras; 8. privatizaciones; 9. desregulaciones; 10. garantía de los derechos de propiedad.

Otras formulaciones del Consenso hablan de marco macroeconómico equilibrado, gobierno de menores dimensiones y más eficiente, sector privado eficiente y políticas destinadas a la reducción de la pobreza. Paul Krugman, por su parte, lo reduce a mercados libres y moneda sólida. Lo cierto es que, en América Latina, la aplicación del Consenso de Washington redundó en una retracción del Estado respecto del mercado, ensanchamiento de la brecha social y un grado nunca antes visto de concentración económica.

Por el contrario, la mayoría de los países industrializados -incluidos EE.UU. y Japón- edificaron sus economías mediante la protección sabia y selectiva de algunas de sus industrias, hasta que fueron lo suficientemente fuertes como para competir con compañías extranjeras.

En el este asiático, los países tuvieron éxito no sólo a pesar del hecho de no haber seguido los dictados del Consenso de Washington, sino *porque* no los habían seguido. El estudio del Banco Mundial sobre el Milagro de Asia establecía que el Estado había desempeñado un papel importante. No se trató del Estado mínimo tan caro al Consenso de Washington.

Ninguna persona que recorriese esos países podía dejar de maravillarse ante la transformación, el desarrollo y los cambios no sólo económicos sino sociales. Sólo compartían con el Consenso de Washington la importancia de la macroestabilidad.

El comercio era importante, pero el énfasis estaba en la promoción de exportaciones y no en la supresión de los impedimentos a las importaciones. Finalmente fue liberalizado, pero sólo de modo gradual, cuando se crearon nuevos empleos en las industrias exportadoras.

Liberalizaron sólo gradualmente los mercados financieros y de capitales.

El Consenso de Washington enfatizaba la privatización, pero los gobiernos nacionales y locales ayudaron a crear empresas eficientes que desempeñaron un papel crucial en el éxito de varios países. Según el Consenso, las políticas industriales, mediante las cuales los Estados procuran bosquejar la futura dirección de la economía, son un error. Pero los gobiernos del este asiático las tomaron como una de sus principales responsabilidades.

En particular, pensaron que si iban a cerrar la brecha de ingresos que los separaba de los países más desarrollados tendrían que cerrar la brecha del conocimiento y la tecnología, y para ello diseñaron políticas de educación e inversión.

Las políticas del Consenso de Washington no atendieron la desigualdad pero los gobiernos del este asiático trabajaron activamente para reducir la pobreza y limitar el crecimiento de la desigualdad.

En términos más generales, las políticas del Consenso de Washington apuntaban a un papel minimalista del Estado, mientras que en el este asiático los Estados ayudaron a perfilar y dirigir los mercados.

9.2 La burbuja inmobiliaria

El mundo de los créditos inmobiliarios especulativos es una gran fuente de inestabilidad económica, se trata de un tipo de financiación que alimenta burbujas. Los precios se disparan en el fragor de la inversión, los operadores se benefician gracias al aparente *boom* del sector. Estas burbujas siempre estallan, y cuando lo hacen la economía quiebra, tanto en Houston como en Bangkok.

Los precios inmobiliarios suben y, dado que cuentan con garantías que valen más, los bancos prestan más. Los inversores ven subir los precios y desean entrar en el juego, los banqueros les facilitan el dinero. Los constructores prevén rápidas ganancias y construyen nuevos edificios, hasta que llega el exceso de capacidad. No pueden vender ni arrendar el espacio construido, entran en cesación de pagos por sus préstamos, y la burbuja explota.

Aunque Tailandia necesitaba desesperadamente inversión pública para consolidar su infraestructura educativa, miles de millones fueron desperdiciados en el mercado inmobiliario. Los edificios siguen vacíos hoy, como testimonio de los exuberantes vicios del mercado, ante la ausencia de regulación estatal.^{xi} (págs. 148-149).

9.3 La profecía autocumplida

Tras el naufragio de la guerra de Corea, el país formuló una estrategia de crecimiento que aumentó la renta per cápita ocho veces en 30 años, redujo la pobreza drásticamente, consiguió la alfabetización universal y avanzó mucho en el cierre de la brecha tecnológica con los países más avanzados. Al finalizar la guerra era más pobre que la India; a comienzos de los años noventa había ingresado en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

Corea llegó a ser uno de los productores de chips para ordenadores más importantes del mundo, y sus grandes corporaciones, Samsung, Daewoo y Hyundai son conocidas en todo el planeta. En las primeras etapas de su transformación había controlado estrictamente sus mercados financieros, pero después, bajo presión de los EE.UU. había permitido de mala gana a sus empresas endeudarse en el exterior; lo hicieron y se expusieron a los caprichos del mercado internacional: a fines de 1997 corrieron rumores en Wall Street de que Corea tenía problemas, carecía de reservas y no iba a poder financiar los préstamos de pronto vencimiento con bancos occidentales. Estos rumores se volvieron profecías autocumplidas. Los mismos bancos que poco tiempo antes ansiaban prestar dinero a las empresas coreanas decidieron no renovarles su crédito. Cuando todos hicieron eso, la profecía se cumplió: Corea *tuvo* problemas

El segundo ejemplo es ilustrado por Tailandia. Cuando se anticipa la devaluación de una moneda, los especuladores procuran abandonarla y comprar dólares. A medida que los operadores venden una moneda, su valor cae, *lo que confirma la profecía*.^{xii}

9.4 El papel de la política

Podríamos decir a grandes rasgos que las crisis financieras más importantes acaecidas en los últimos años, en cuanto a su repercusión, fueron sucesivamente las crisis de México, la crisis del sudeste asiático con epicentro en Malasia e Indonesia y el default de Rusia.

Se trató de una situación distinta en cada caso, que no es materia de este trabajo comparar, pero sí consideramos importante dejar sentado que el común denominador es la presencia en los tres países de una sociedad civil no suficientemente integrada y de un régimen político no suficientemente abierto.

En el caso de México, la crisis financiera estalló en 1995 como anticipo del ocaso de régimen político encabezado por el PRI, que había gobernado por más de setenta años basándose en el uso de los favores políticos y económicos sobre una sociedad tremendamente desigual. Violencia política -baste recordar el asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio previo a las elecciones de 1994-, falta de transparencia, crisis institucional y la aparición del movimiento zapatista liderado por el subcomandante Marcos, evidenciaron el desgaste ineluctable de una modalidad de partido-estado que por haberse cristalizado en el ejercicio del gobierno dejó de representar el espíritu de la revolución mexicana que había inspirado su nacimiento como uno de los mayores partidos de masas de occidente.

La crisis financiera del sudeste asiático surgida en julio de 1997, con epicentro en Malasia e Indonesia, también puso en evidencia la endeblez de los regímenes políticos de ambos países. Tanto Malasia, gobernada por Frente Nacional que el primer ministro Mahathir encabezaba desde 1957, como Indonesia, gobernada desde 1968 por el general Suharto, tenían un régimen político de partido dominante que no era cuestionado en razón de la rapidez de su crecimiento económico. Pero, el extremo de prebendalismo político y corrupción, así como las

diferencias de clase y la violencia étnica imperantes, oficiaron como marco de la crisis económica.

El default ruso de 1998 también tuvo como marco un sistema político cerrado durante más de 70 años, que bajo el gobierno de Boris Yelstin había llegado al extremo de la corrupción y la pobreza.

La conclusión a la que queremos arribar es la importancia que reviste un entorno institucional apropiado para que se desarrolle un sistema financiero transparente al servicio de una sociedad integrada y próspera.

10. América Latina

En sus disertaciones en Argentina, el Secretario de Estado Adjunto Otto Reich, señaló textualmente que "la agenda de política exterior de EE.UU. para América Latina se basa en cuatro pilares esenciales: la democracia como norma, la lucha contra la corrupción, el libre mercado y la lucha antiterrorista." No obstante, a poco que analicemos la realidad de nuestros días, comprobaremos la debilidad en que se encuentra la región respecto de cumplir con los puntos de agenda señalados, lo que demuestra, además, la ineficacia de la gestión Bush para convertirse en un factor estimulante de los mismos.

América Latina afronta un profundo problema de gobernabilidad. En Venezuela, el fracaso del golpe que intentó voltearlo no alcanza para disimular la profunda crisis económica, social y de representatividad del presidente Chávez. Colombia ve agravarse la crisis del estado regular frente a la guerrilla y acaba llevar a la presidencia a un hombre de extrema derecha como Álvaro Uribe. Conocida es la debilidad de los regímenes de Ecuador y Perú, mientras tambalea el presidente González Macchi en Paraguay y en Bolivia escala electoralmente el líder cocalero Evo Morales, como expresión del profundo cuestionamiento social a la dirigencia tradicional. Uruguay, por su parte, atraviesa fuertes signos de crisis económica, pese a los esfuerzos del presidente Battle por asociarse bilateralmente a los EE.UU.

En Brasil, el retiro de capitales que inestabilizó sus mercados y elevó la tasa de riesgo, tuvo que ver en sus inicios con la combinación entre crisis-argentina-posible-triunfo-electoral-de-Lula, cuya fuerza política, el PT, abreva en fuentes

ideológicas de una izquierda radicalizada en combinación con movimientos cristianos de base ligados a la Teología de la Liberación, lo cual aparecía como un planteo desestructurante del sistema político tradicional. En verdad, el PT ha aggrinado su propuesta, acaba de anudar una alianza electoral con el Partido Liberal, y ostenta varias experiencias de gestión municipal y provincial, todo lo cual lo sitúa como un partido previsible, sin abandonar su perfil progresista.

Recientemente, luego de unas declaraciones que las autoridades brasileñas consideraron provocativas, Paul O' Neil, secretario del tesoro de los EE.UU., debió retractarse de inmediato. Ante un hecho similar, el gobierno argentino guardó silencio y recibió oficialmente al mismo funcionario.

La República Federativa del Brasil -y no únicamente el PT- mantiene una política de defensa que reafirma los objetivos de soberanía, autodeterminación, identidad nacional y vocación de participar en el proceso decisorio a nivel mundial, y asigna para sí el rol de inductor natural de la articulación regional. Su ministro de defensa, el 20 de agosto de 2002 afirmó: "Existen analistas que contemplan la posibilidad de intervención armada en la Amazonia de alguna potencia desarrollada, con o sin consenso multilateral: no es posible tal hipótesis." Sobre el narcotráfico, sostiene sin dejar dudas, que para Brasil "se trata de un asunto policial".

No obstante estas actitudes, el FMI acaba de aprobar una ayuda financiera a ese país que asciende a 30.000 millones de dólares. En definitiva, un ejemplo de cómo *el respeto internacional no deriva de políticas obsecuentes, sino de la preservación de un proyecto nacional.*

11. La crisis en la Argentina

Argentina atraviesa, por su parte, la crisis más estructural y sistémica, convergente en los planos económico, social y político-institucional. Los extremos de recesión, pobreza, desempleo y endeudamiento a que se ha llegado, están acompañados de fuerte ilegitimidad institucional, pérdida de credibilidad en su dirigencia, falta de respeto a la autoridad, sucesivas rupturas de contratos electorales, incumplimiento de la ley en todos los niveles, crisis de la seguridad, tanto individual como social.

La Argentina no está prisionera del fracaso en la aplicación de un programa económico o de instrumentos de política fiscal mal utilizados, sino de una tabla de valores exactamente opuesta a los intereses de su pueblo. En fin, una crisis sistémica que excede el agotamiento de un gobierno para transformarse en el fin de un ciclo histórico que requiere reformas muy profundas, propias de una etapa refundacional, en términos de un nuevo contrato entre los ciudadanos y sus representantes.

En el caso argentino, los *poderes permanentes* mencionados al principio, adquirieron un espacio de dominación aún mayor, debido a que la magnitud de la privatización y desregulación que el Consenso de Washington aconsejara en la década de los 90, no se registra en ningún otro país de la región. La descomposición del sistema institucional argentino debilitó aún más a un Estado de por sí insuficiente, y *convirtió a los poderes permanentes en más permanentes*, transformando la dialéctica Estado-mercado en una relación cada vez más desigual en favor de este último.

Si nuestra democracia no demuestra, en el corto plazo, ser eficaz a la hora de mejorar la distribución del ingreso, la igualdad de oportunidades, el acceso universal a una educación de calidad, la democratización del conocimiento científico y tecnológico y el aprovechamiento pleno de sus beneficios por parte de todos los ciudadanos, será la pérdida definitiva de legitimidad social lo que la pondrá a merced de aquellos poderes económicos denominados permanentes y de su sesgado enfoque acerca del futuro.

El carácter inédito y la profundidad de la crisis argentina hacen que ninguna de las actuales demandas pueda resolverse con las categorías de pensamiento propias del ciclo anterior, dado que es precisamente el agotamiento de este último lo que ha conducido a una crisis de tales características. Es esta sensación de fin de ciclo lo que lleva a buena parte de la población a depositar en la dirigencia política la responsabilidad principal por lo que sucede, y reclamar la caducidad de todos los mandatos políticos, como uno de los gestos de ejemplaridad necesarios para recomponer la credibilidad en el sistema. La descomposición de la legitimidad institucional de la República exige una nueva legitimidad mediante la revalidación de títulos de quienes las componen. No sólo a nivel del Poder Ejecutivo, sino de todos los poderes republicanos, esto es, el Parlamento y la Corte Suprema de Justicia.

12. La Argentina en el debate del poder

Más adelante haremos mención al Foro Económico Mundial de Davos y su visión del mundo con eje en el poder financiero y, en contraposición, el Foro Social Mundial de Porto Alegre, que pone en primer plano el desarrollo humano.

Por ahora, digamos que en consonancia con el primero de los enfoques, un sector del debate académico coincide en llamar "estados fracasados" a aquellos que no logran auto-gobernarse, como Colombia y Haití, Yugoslavia, Afganistán, Ruanda o Somalia. Se trata de países debilitados por distintos motivos, como enfrentamientos raciales o religiosos, guerras, corrupción política o colapsos económicos, o bien por una combinación de ellos; gobiernos tan débiles que han perdido el control sobre su territorio, no pueden mantener su autoridad ni garantizar el orden social mínimo.

Frente a esta cruda realidad han aparecido alternativas del tipo de la "solución austríaca", como se conoce a la propuesta de modernos-protectorados-siglo XXI de Dornbusch-Caballero que excluye la metodología "manu militari".^{xiii} O la de Sebastian Mallaby, columnista del "Washington Post", que en el número de abril de 2002 de "Foreign Affairs" alienta la ejecución de medidas imperiales directas sobre los "estados fracasados", citando por caso a Colombia, Sierra Leona y Somalia. "Cuando una nación se hunde en la violencia, su pueblo se concentra en la supervivencia inmediata y no en el largo plazo. El ahorro, la inversión, la creación de riqueza se desvanecen. Estos países irán en aumento en los próximos años y son caldo de cultivo para todo tipo de delitos, amenazas a la seguridad americana", apunta Mallaby.

Según un artículo de Telma Luzzani y Ana Baron del 9 de junio de 2002, el profesor del Departamento de Seguridad Nacional y Estrategia del Colegio de Guerra de los EE.UU. Robert Dorff, sostiene que el gran debate actual en su país es precisamente "qué hacer con los estados fracasados". Como decíamos al principio, durante la administración Clinton, la expansión de la democracia era la mejor garantía para el fortalecimiento de la economía de mercado en el mundo pero, con la llegada de George W. Bush y los atentados del 11 de setiembre, se acrecentó el peligro de que la debilidad de los llamados estados fracasados se contagie adquiriendo un nivel regional, convirtiendo un problema localizado en un

caos general. Lejos de articular una versión aggiornada del viejo lema expansionista de la zanahoria y el garrote, la presidencia de Bush se limita a proponer el desinterés político y el tutelaje económico.

Al observar cómo reacciona la administración republicana frente a tres aspectos como la seguridad internacional, la implosión financiera y la amenaza del narcotráfico, resuenan las palabras de Peter Hakim, a cargo del Interamerican Dialogue, en cuanto a que "nunca hubo tanta coherencia entre los diferentes departamentos del gobierno".

La Argentina afronta una extraordinaria debilidad económica. Pero su estructura productiva alberga todavía grandes potencialidades de desarrollo, que se traduce en gran capacidad ociosa del aparato industrial y un porcentaje irracionalmente elevado de mano de obra desocupada, factores que esperan la mediación de la política para reencontrarse. La Argentina está sin crédito, no sólo en términos financieros, sino de falta de credibilidad internacional en nuestra palabra. Se nos considera un país que ha demostrado no tener voluntad de cumplir los compromisos asumidos. Mientras tanto, una administración irracional del Estado que, por un lado dilapida recursos a través de la corrupción y la ineficiencia, y simultáneamente incumple con los servicios esenciales a su cargo, como educación, salud, seguridad y justicia. El próximo gobierno deberá afrontar, pues, la sobredemanda de políticas estatales, y a la vez la reconstrucción de las herramientas de regulación estatal indispensables para afrontarlas.

Esta debilidad objetiva, sumada a la corrupción e incompetencia de los sucesivos gobiernos, abrieron paso para que la asistencia financiera internacional aparezca como una cuestión central para salir de la crisis. No sólo los funcionarios de segundo y tercer nivel del FMI son virtualmente acosados por dirigentes políticos y medios periodísticos como si atesoraran en sus manos el milagro salvador y los EE.UU. nos señalan cuál debe ser el perfil de nuestro próximo presidente, sino que la propia sociedad ha caído en una alarmante pasividad cuando accede diariamente a titulares de este calibre en los medios de información.

Según nuestra mirada, en cambio, la reinserción del país en la economía mundial no llegará de la mano de la obsecuencia, sino de un proyecto refundacional de la Nación, sobre valores como Verdad, Justicia y Fin de la Impunidad; un proyecto que tiene su primera escala en el ensanchamiento del espacio regional.

Lo que está en juego a corto plazo en este debate es el perfil de la reinsertión de la Argentina en el mundo y, en el largo plazo, la permanencia o no de la Nación como comunidad autónoma de decisiones, lo que incluye, además, *la preservación de nuestra integridad territorial*. En el corto plazo, lo que trata el poder internacional es de adquirir a precio vil la propiedad monopólica de los recursos naturales por parte de los grupos acreedores, que ya se hicieron del sistema productivo y de las empresas estatales; no sólo el dominio material, sino el imperium político. Y obtener como ventaja competitiva de algunos sectores en el comercio internacional la caída del salario promedio a unos pocos dólares. Y a largo plazo, remplazar al gobierno nacional por un nuevo régimen de gobierno ejercido -o como mínimo monitoreado- desde el exterior. Todo esto aduciendo una irreversible crisis de gobernabilidad del sistema tradicional y ensayando un nuevo disciplinamiento extensible a otros países latinoamericanos, a medida que éstos vayan entrando en similares niveles de colapso.

Argentina es un país cuya crisis social se expresa en el aumento exponencial de la pobreza y la desocupación, que arrastra más de cuatro años de recesión, que en pocos meses devaluó su moneda un 400 %, que enajenó su capacidad de regulación sobre los servicios públicos y el control de la seguridad social, y que rompió el contrato del sistema financiero con sus depositantes. Pero es, a su vez, el quinto productor mundial de alimentos y alberga riquezas invalorables entre los hidrocarburos y los recursos marítimos de la Patagonia y los minerales del Noroeste. La Argentina es territorio, alimentos, minerales, energía, pesca, agua potable, y mucha vitalidad en quienes, desde el seno de la sociedad se dedican a la ciencia, el arte, la cultura y el deporte. Todos estos son recursos escasos codiciados en el mundo moderno.

Pero al mismo tiempo, entre una capacidad industrial instalada que se encuentra en un 50 % ociosa, a la espera de inversión, capital de trabajo y mano de obra calificada por una parte, y por la otra una tasa de desocupación descubierta y encubierta que supera el 50 % de la población económicamente activa, sobrevive una dirigencia que ha roto su compromiso con el destino del país. Entre una producción alimentaria suficiente para alimentar a diez veces su población y una población con hambre, hucica una dirigencia que ha estafado al pueblo argentino y lo sume en la peor crisis de representación que se conozca.

Por ello, se trata de un país que está objetivamente prisionero de un debate que ha tomado cuerpo en los principales centros de decisión mundial, tanto a nivel de las instituciones públicas como privadas, debate que, en síntesis, se pregunta: *"¿puede el mundo darse el lujo de que un país de estas características sea gobernado con tanta ineptitud? Ya que los argentinos han fracasado en la administración de su propio país, ¿no habrá llegado la hora de que nuevos mecanismos de gobierno, más preparadas y razonables, lo intenten por ellos? Cuando un país pierde tan estrepitosamente su presencia en el debate internacional y la credibilidad de tantos actores de la economía y la política a nivel mundial, inexorablemente otros pretenderán llenar ese vacío.*

13. Cómo actuar frente al modelo de época

Renegar del adelanto científico argumentando su impacto negativo sobre la igualdad resulta a la vez inútil y retrógrado. Inútil, por cuanto el avance de la ciencia es resultado del inconformismo natural del hombre, de su afán de superación y de las novedades que la investigación ha deparado en todas las disciplinas y en todos los tiempos. Y retrógrado, por cuanto de lo que se trata no es de suprimir el progreso, sino de dotarlo de valoración ética. No sólo respecto del riesgo que implica el haber descubierto la clonación, sino por la falta de distribución social de ese progreso.

La revolución tecnológica renueva la tensión entre desarrollo e igualdad, que no tiene por qué resolverse por vía de la eliminación de uno de los términos sino por vía de la síntesis. Para esto, el mundo debe marchar hacia una revaloración de la ética por sobre la codicia, valor dominante en occidente durante los últimos veinte años. No esperar la autodestrucción del capitalismo extremo para, por fin, ponderar lo nefasto de su iniquidad, sino proponer desde ya una agenda positiva, a partir de la revaloración de la ética y la distribución social del progreso científico-técnico, desde una actitud selectiva y no de destrucción lineal del oponente, donde por terminar con sus atrocidades terminemos también con sus posibilidades.

14. La nueva agenda económico-social

Desde hace muchos años sostengo que la complejidad de la agenda internacional de nuestros días, tanto en lo concerniente a las relaciones entre países, entre bloques o multilaterales, torna imprescindible la consolidación del bloque regional para afrontarla de modo de poner un dique al cuadro de debilidad que hemos descripto.

Esto en América Latina no tiene otro nombre que *MERCOSUR*, pero pensado en una proyección muy superior cualitativa y cuantitativamente a la que ha tenido hasta el momento.

Mucho hemos dicho y editado sobre los beneficios de la profundización del *MERCOSUR* en materia de estabilización de nuestras economías, generación de un mejor clima de inversiones, negociación conjunta con *ALCA*, Unión Europea, Asia-Pacífico y *OMC*, ampliación del mercado interno y diversificación de los externos, creación del Parlamento del *MERCOSUR* así como de un sistema jurisdiccional de carácter permanente y un órgano ejecutivo y, fundamentalmente, el ensanchamiento de la dimensión ambiental, cultural y socio-laboral del bloque. Esto es, integración de sociedades y de sistemas productivos desde una concepción trascendente -aunque inclusiva- de la integración comercial, en el marco de una perspectiva creciente de supranacionalidad.

Desde esta convicción, entonces, es que todo lo que mencionaremos de aquí en adelante en este capítulo debe ser interpretado desde la mirada de un protagonista único, hasta hoy llamado *MERCOSUR*, pero que debe marchar hacia una unión de todos los estados de nuestro sub-continente.

Este cambio de mirada significa no ser condescendientes con el sistema que ha llevado a la desintegración de la Humanidad, una desintegración que por momentos parece irrefrenable. Pero conscientes de que no se trata de una visión *naïve* sino de una disputa de poder, entablada desde un pensamiento abierto, creativo y conocedor del camino que el mundo ha tomado y de las relaciones de fuerza que emergen a partir de esa realidad.

El Foro Económico Mundial de Davos, en representación de los países más desarrollados de la Tierra, constituye la agenda de la desigualdad, la desintegración. Sin embargo las fuerzas progresistas no debemos ignorarlo, sino hacer un seguimiento de él para conocer las armas de que dispone una fuente de

poder contra la que debemos entablar tamaña disputa; su línea argumental proviene de usinas de pensamiento altamente calificadas que debemos conocer si estamos dispuestos a construir, aunque distinta, una visión moderna del mundo.

Esta nueva perspectiva debiera ser un eje principal de la agenda del Mercosur ampliado, a plantear en todos los foros internacionales, e inicialmente en el *Foro Social Mundial de Porto Alegre, como visión alternativa del mundo: la urgencia en encontrar paliativos a los casos más dramáticos de falta de desarrollo humano, por una parte; al mismo tiempo, formular la agenda para un sistema de poder internacional alternativo, cuyos puntos centrales son:*

- **el equilibrio financiero, económico y comercial como fuente de desarrollo humano, el respeto por las culturas locales tomando como base la Carta de los Derechos Humanos de la ONU y los tratados que de ella derivan, la universalidad del acceso a los adelantos científico-tecnológicos, son los pre-requisitos de la gobernabilidad democrática, de la seguridad internacional y de la alta calidad de las instituciones nacionales e internacionales.**
- **la aplicación de una tasa de carácter progresivo que grave la circulación de capital financiero.** El monto global de la actividad financiera se calcula entre 60 y 500 veces superior al monto global de la actividad productiva a nivel mundial; su absoluto descontrol generó en principio alta volatilidad en los mercados *emergentes*, y afecta ahora a las plazas más poderosas, causando la quiebra de fuertes empresas por fraude y corrupción. Estos resultados no deben calificarse como aberraciones no deseadas por el sistema, sino como el desenlace previsible de una estampida desenfrenada de la contabilidad (*implosión del capitalismo*, en términos de Paul Krugman), que no guarda relación con el desarrollo de la economía real. Ha sido, más bien, fuente de financiamiento político de líderes estadales, países y organismos frecuentemente ligados al tráfico de armas y otros aspectos del lavado de dinero.
- **la discriminación de la parte legítima e ilegítima de la deuda externa de los países subdesarrollados, condonando el pago de esta última.** Debe tomarse en cuenta el contexto de profunda irregularidad en que

fuera contraída. Si bien no deben eximirse de responsabilidad los gobiernos locales ilegítimos, corruptos o ineficientes que tomaron los préstamos, tales características fueron toleradas -y en muchos casos fomentadas- por organismos internacionales, gobiernos de países centrales y grupos financieros para cuyos intereses resultaron funcionales en su momento.

Así como el proceso de formación de la deuda no es ajeno a cuestiones eminentemente políticas, su resolución debe plantearse en esos mismos términos. **El problema debe plantearse como bloque regional, y la deuda no será saldada si no es en el marco de un acuerdo que incluya el cauce favorable a los restantes puntos de la agenda.**

- **la eliminación de las barreras impuestas por las economías centrales que dificultan el acceso a mercados de los productos más competitivos de las economías emergentes.**
- **la prohibición por parte de la OMC de usar el dumping social como factor de competitividad, tomando como base la normativa de la Organización Internacional del Trabajo.**
- **el establecimiento de un régimen internacional de propiedad intelectual que no sólo reconozca los derechos de patentamiento de las firmas productoras de la innovación tecnológica, sino el derecho al desarrollo tecnológico de los países subdesarrollados.**
- **el desarrollo de un medioambiente sano en todo el planeta, no sólo en los países desarrollados, que reciclan sus tecnologías más contaminantes al territorio de los países subdesarrollados.**

ⁱ Haas Richard, "Paradigm Lost", Revista Foreign Affairs, enero-febrero de 1995.

ⁱⁱ Judt Tony, "America and the War", The New York Review of Books, 15 de noviembre de 2001.

ⁱⁱⁱ Powell Colin, entrevista de Patrick Jarreau para "Le Monde", 7 de setiembre de 2002.

^{iv} Hoffman David, "Más allá de la diplomacia", en Archivos del Presente nro. 27, pág. 62.

^v Hobsbawn Eric, "Historia del Siglo XX", Crítica, 1995.

^{vi} Bogdan Henry, "Historia de los Países del Este", Vergara, 1991.

^{vii} Galbraith John Kenneth, "La cultura de la satisfacción", pág. 63, Emecé, Buenos Aires, 1993.

^{viii} Lipovetsky Gilles, "El crepúsculo del deber", pág. 109, Anagrama, 1996.

^{ix} Mussa Michael, "Argentina y el FMI, del triunfo a la tragedia", Planeta, 2002.

^x Stiglitz Joseph, "El malestar de la globalización", pág. 288, Taurus, 2002.

^{xi} Stiglitz Joseph, ob. cit. págs. 148-149.

^{xii} Stiglitz Joseph, ob. cit. págs. 135-140.

^{xiii} Dornbusch Rudi & Caballero Ricardo, “Argentina: a rescue plan that work”, MIT, 3 de marzo de 2002.